

EL MARTILLO

ÓRGANO DE LA ASOCIACIÓN DEL GREMIO DE TONELEROS

La correspondencia al Director.

<p>GRATIS A LOS SOCIOS</p> <p>Anuncios y remitidos, á precios convencionales.</p>	<p>SE PUBLICA LOS VIERNES ALTERNANDO</p> <p>OFICINAS: CALLE ESCUELAS, NÚMERO 12.</p>	<p>PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN</p> <p>Un mes Ptas. 0'50</p> <p>Número suelto 5'20</p>
--	--	---

Laudable actitud

Merece elogios la enérgica actitud desplegada por la Junta Directiva de nuestra Sociedad, así para la defensa de los intereses del Gremio como para ser que sus individuos cumplan como es debido los compromisos que al crearse la Sociedad contrajeron.

De nada servirían las luchas sostenidas y los sacrificios llevados á cabo, si hoy que tan necesaria se hace la defensa contra el común enemigo, no respondiera la Sociedad á los fines su fundación.

De grado ó por fuerza es preciso hacer que cada uno de los agremiados, cuyos intereses se defiende, respondan como deben á los llamamientos que continuamente se les hacen y á lo que su misma dignidad de ciudadano libres y amantes del progreso les obliga. No valen excusas ni distingos de ninguna clase cuando del bien de la colectividad se trata; pues si los beneficios han de repartirse por igual, justo es también que entre todos se reparta las cargas que la Sociedad tiene. Es reprochable en grado sumo el que haya individuos que mostrándose propicios á aceptar en su provecho los aumentos de tarifa y cuantos beneficios acarrea la Sociedad, se nieguen por un pretexto, siempre infundado, á contribuir con la pequeña cuota establecida para sufragar los necesarios gastos, y más reprochable aún el que estos individuos en apoyo de su negativa nos hablen de su autonomía in-

dividual sin tener en cuenta que no es digno de gozar autonomía de ninguna clase el que no es capaz de cumplir con los compromisos que voluntariamente contrajera.

El que se inscribe en una Sociedad de resistencia aceptando lo consignado en sus estatutos y haciendo entender á sus compañeros de Gremio que pueden contar con su concurso para la consecución de los fines que la Sociedad persigue, debe continuar fiel á su palabra empeñada mientras la Sociedad subsista, porque si el individuo libremente se obligó é impulsó á otros á que se unieran á él para conseguir beneficios colectivos no tiene razón de ninguna especie para abandonar á los demás en la mitad de la jornada y mucho ménos cuando utiliza los beneficios alcanzados.

De aquí la poderosísima razón que asiste á la Junta Directiva para llevar á cabo la enérgica campaña emprendida contra los malos socios, en la cual estamos seguros que contará con el apoyo y las simpatías de todo el Gremio así como con el aplauso de todas las personas que piensen rectamente.

Hora es ya de que todos los obreros den pruebas de amor á la emancipación de que tan necesitada se halla la clase, sin pretender establecer distingos ni fomentar divisiones que solamente al obrero perjudica.

El capital siempre está unido y conforme en cuanto á la defensa y fomento de sus intereses afecta: los obreros tienen forzosamente que estarlo para defender lo suyo, Los que por ignorancia, por apatía ó por mala fé se apartan de este buen camino

tendrán que ser atraídos á él por cuantos medios estén al alcance de sus compañeros: al que se pueda con la persuasión; al que no con el aislamiento y el desprecio.

Los beneficios del catolicismo

La inferidad inherente á todo lo religioso no se manifiesta solamente en el individuo; se puede notar y se nota también en las naciones cuando el catolicismo preside su destino.

Cuanto más piadosos son los pueblos, cuanto más grande es su miseria, más poderoso es en su seno la Iglesia. Ninguna institución como el jesuitismo para llevar un pueblo á su bancarrota moral y material. Ved Italia, España y la mayoría de las repúblicas sud-americanas, comparadas con las naciones del norte de Europa y América, y vereis como, en tanto que las primeras van camino de su ruina, las segundas prosperan y se engrandecen de día en día.

Donde el jesuita reina, efectúase como un vacío á su alrededor. La vida parece suspendida. Los pueblos carecen de energía; los grandes trabajos les son desconocidos. Desdennan el trabajo y se convierten fácilmente en una familia de cómicos, toreros, pordioseros y bandidos. Un desorden ruinoso preside las funciones de la hacienda pública, el estado carece de crédito, abundan las guerras civiles.

Hé ahí los beneficios que nos reporta el catolicismo.

P.



MARTILLAZOS

Siendo el propósito de la Junta Directiva de esta Sociedad colocar esta á la altura que le corresponde, viniendo para ellos cuantos obstáculos encuentren en su camino, se hace saber á los individuos que en la actualidad no cotizan por apatía ó divergencias de opiniones que si en el improrrogable plazo de este Viernes al en que se publique el otro número de nuestro semanario no acudan á la Sociedad, se sacarán sus nombres á las vergüenza pública como malos compañeros y peores ciudadanos.

Para que se entienda á quienes nos dirigimos, hagamos saber que los morosos trabajan en los talleres de los maestros Sres. Galisteo, Jacobo de los Reyes y Pizones, conque ya saben los interesados que esta es la última amonestación.

También hacemos presente á dos compañeros que trabajan en casa de los Sres. Paz Hermanos y que si cobran la tarifa es por conciencia de los referidos patronos, y á los acuerdos tomados en asamblea para que no se atropelle la tarifa, que le vamos á dedicar un articulo en que le hemos de decir cosas que no han de ser muy de su agrado.

LA TOLERANCIA

Hermosa palabra en los países donde la religión es un medio puro de comunicarse con Dios. Palabra indigna de liberales en los países como el nuestro, donde la libertad solo aprovecha á la reacción. ¿Qué tolerancia cabe en un Estado donde el primer tolerante es el católico, el que predica la unidad religiosa y prohíbe á los protestantes su culto? ¿Hemos de ser tan imbéciles que toleramos á los carlistas sus atrocidades, y nosotros, los liberales, nos resignemos al silencio? ¿Es tolerancia dejar que se paseen las procesiones por las calles, se fijen las placas carlistas en las casas?

Por esa tolerancia ha vencido la reacción; por esos miserables hipócritas y fariseos que han dejado crecer aguardando tal vez á que la República les caiga del cielo un día cualquiera y la libertad se abra por persuasión como las ostras.

¡Tolerancia en un país donde se han encendido tres guerras en un siglo, donde el carlismo es de actualidad! ¡Ah! ¡No, mil veces no!

Frente á la invasión clerical deben juramentarse los hombres liberales para hacer la guerra sin compasión ni cuartel. Los granujas y los imbéciles que piden la tolerancia para los jesuitas, son mil veces más culpables que ellos, más cobardes y más estúpidos. ¡Ojalá pudiéramos respetar todas las creencias y vivir en un país culto!

RODRIGO SORIANO.

Experimento Galvani con una Rana

El descubrimiento de la electricidad dinámica se debe á Galvani, antiguo profesor de anatomía de la universidad de Bolonia. Por esto se designa comúnmente á esta electricidad con el nombre de «galvanismo.»

El modo como hizo este descubrimiento es el siguiente:

Estudiaba Galvani, en 1780, los movimientos musculares de las ranas, y habiendo disecado unos de estos animales, lo dejó sobre una mesa donde había una máquina eléctrica. Dos ayudantes suyos trabajaban en aquel momento en el laboratorio, y mientras uno de ellos hacía girar el platillo de la máquina eléctrica para sacar chispas del conductor, el otro tocó casualmente con la punta de su escarpelo los nervios erurales internos de la rana. Al punto empezaron á agitarse las patas de esta como si sintieran convulsiones. El ayudante observó que estas contracciones musculares se verificaban siempre en el momento mismo en que brotaba una chispa del conductor.

Avisó al punto á Galvani, quien queriendo variar de experimento para saber si la electricidad atmosférica tendría la misma acción excitante que la máquina, colgó los cuartos traseros de varias ranas, por medio de ganchos de cobre atravesados por el tronco de la columna vertebral que quedaba adherida á los miembros.

Transcurrieron muchos días sin que esta prueba diese resultado, hasta que Galvani, impaciente ya, se puso á frotar y apretar contra las barras de hierro del balcón las patas de las ranas con objeto de excitar las contracciones musculares. Lo consiguió, pero observó que no ocurrían estas contracciones sino cuando los músculos del animal tocaban la baranda del balcón, y esto sin que interviniera para nada el estado eléctrico de la atmósfera.

Desde este momento la electricidad dinámica es un hecho.

Las comunidades religiosas

Aquí, según vemos, hace falta que nuestros hombres recen por la salud

de la patria. Es verdad que en días no lejanos prescribieron los obispos ese género de oraciones sin más resultado que una serie de derrotas por mar y tierra; pero ¿ha de ser Dios siempre sordo á lo que le pidamos? Entonces los obispos no se limitaron á orar, puesto que bendijeron y aun organizaron batallones; prefirió Dios oír no sabemos por qué inescrutables fines, á los católicos de la América del Norte, serían tal vez mejores que los de España?

Prescinde el Gobierno de lo que nos ocurrió el año 1898, y sostiene la necesidad de las comunidades religiosas, consagradas á dirigirse al Altísimo, día y noche. No cree bastantes las que ya tenemos; quiere repatriarlas de Filipinas y Cuba. Acaba de concederles un nuevo plazo para que vuelvan á España á costa del Estado.

Anda pobre el Tesoro para el pago de maestros y la difusión de la enseñanza, pero no para el aumento de comunidades religiosas. Las considera el Gobierno la sal de la tierra, la luz del mundo, cuando, si se las dejase, harían sosa la tierra que no poseyesen y extinguirían la inteligencia, que encerrándola en las redes de un dogma tan estéril como absurdo.

Desgraciadamente, nuestros piadosos ministros lograrán lo que pretenden, como no venga un vendabal que todo lo arrase y barre. Se está discutiendo en las Cámaras francesas un proyecto de ley sobre asociaciones, que hace imposibles las religiones por ser perpétuas y llevar consigo la renuncia de derechos que no están en el comercio de los hombres. Si ese proyecto llega á ley, cosa más que probable, ¿dónde han de buscar refugio y amparo las comunidades que se disuelvan sinó nuestra católica España, asiento de todo malo? Habrá aquí entonces una nueva erupción de frailes mucho peor que la de la langosta. La langosta come y pasa, y el fraile come y queda. Ansia el codicioso fraile devorarlo todo; así la fortuna de los muertos como la de los vivos.

Nosotros no podemos explicarnos la locura de nuestros gobernantes. ¿Es posible que nada les enseñe la historia de las órdenes monásticas durante el pasado siglo? Eran voraces, codiciosas y lúbricas, lo mismo aquí que en el Archipiélago filipino: estaban siempre dispuestas á favorecer toda empresa reaccionaria aun con la bolsa, aborrecían de todo corazón los derechos democráticos. Son hoy lo mismo. No pueden dar nada bueno á las asociaciones contrarias á la naturaleza, sin vínculo alguno de familia, resuelta á vivir sobre el trabajo ajeno, encerradas en el más deplorable egoísmo.

Como hemos dicho, pugna hoy Francia por sacudirse. Debíó haberlo realizado á raíz de la república. Se habría ahorrado los treinta y tres proyectos de la ley que en materia de asociaciones lleva concedidos y no habría dado lugar á que las comuni-

dades religiosas hubiesen exaltado el fanatismo de las clases altas, siempre temerosas de las que están debajo. ¿Logrará al fin arrancar la espina que, como otras veces hemos dicho, lleva clavada en el corazón de las instituciones.

F. PÍ Y MARGALL.

La libertad abstracta

Quien dijere al brahmán que era posible concebir la sociedad sin distinción de castas, ó al súbdito del hijo del sogue cabía vivir sin despotismo, ó al señor feudal que llegaría un día en que el noble y el villano tendrían iguales derechos y la propia intervención en los asuntos públicos, se expondría á excitar su hilaridad ó á provocar su enojo. De tal suerte entiendo cada cual que aquel estado social en que vive constituye la forma estable y definitiva de la humana sociedad.

Pocas veces ha revestido este error una apariencia más plausible que al presente. La revolución destruyendo el antiguo régimen; reintegró al hombre en la plenitud de la libertad. El Estado, ese *mal necesario*, como le ha llamado Spencer, siguiendo á Proudhon, ha quedado reducido á expresión más mínima. ¿Qué resta por hacer? Restringir todavía, hasta los últimos límites de lo posible, la intervención del poder público; dejar marchar, libre de los embarazos andadores de la vieja tutela, á la sociedad adulta ya y emancipada; proclamar como norma de la vida social el *laissez faire, laissez passer* del economismo clásico; erigir en principio social el de la lucha por la existencias que domina en el orden de la naturaleza, garantizar la neutralidad del Estado á guisa de juez de campo cruzarse de brazos y dejar que la libertad proclamada produzca sus ópimos y razonados frutos.

Así se ha hecho, al menos en los límites y medidas en que cabe realizar en la práctica las concepciones abstractas. Y el resultado de este régimen ha sido el que pudo haberse previsto, si, libre el ánimo de preocupaciones, se hubieran estimado en su verdadero valor los factores constitutivos de la sociedad, hija de la revolución. La libertad, aun abstracta é imperfectamente entendida, ha dado frutos de bendición. La industria y la producción han alcanzado portentoso desarrollo. La población se ha multiplicado enormemente. El bienestar de todas las clases sociales se ha acrecentado. Pero la medida, la proporción, la equidad en la distribución de los productos de la actividad común, no han corrido parejas con este desarrollo. El capital que no se consume ni desmerece con el tiem-

po como el trabajo; que no necesita, como éste, preparación ni aprendizaje; que aumenta por su propia virtualidad sin esfuerzo alguno de su dueño; que se esconde durante la crisis para no reaparecer sino en tiempos bonancibles; que puede aguardar é imponerse al obrero con la inexorable imposición del hambre; que acecha escondido á la penuria para dictarle la dura ley de la necesidad; que se trasmite de padre á hijo, de testador á heredero; que cambia de aplicación y destino á medida de las conveniencias del capitalista, había de tomar en esta distribución de los productos la parte del león.

¿Qué podía contra él el trabajador esclavo de la necesidad diaria, cotizado en el mercado como un mero producto, sometido á lo que se ha denominado, no sin propiedad, la férrea ley del salario?

Reconozcamos que en tales condiciones la clase obrera puede quejarse con fundamento de haber sacado escaso provecho de esa libertad que ha sido fuente inagotable de bienes para aquellos que se hallaban en situación de utilizarla. Harto hace si no estima como el más duro de los sarcasmos esas declaraciones de derechos que resultan en la práctica ilusorios é inasequibles. Porque el liberalismo ha venido á decir al pueblo, ha sido poco más ó menos lo siguiente: «tú no sabes leer ni escribir; yo te doy la libertad de imprenta; tú no tienes medio ni tiempo para cultivar tu espíritu; yo te ofrezco la libertad del pensamiento y la palabra; tú careces de recursos con que resistir las imposiciones del capital; yo te otorgo la libertad del trabajo; vivirás sumido en perpétua indigencia; yo te garantizo la libre disposición de la propiedad.» ¿No semejan singularmente estas concesiones al contenido de una prescripción constitucional que dijere: «todo español es libre, si pudiere, de alcanzar la luna con las manos.»

Hay que desengañarse: la concurrencia social; si ha de ser otra cosa que una lucha de fieras, supone cierta igualdad, no en las cualidades de los combatientes, pero si en las condiciones del combate. La naturaleza no iguala las armas del lobo y el cordero, ni parte el sol entre los luchadores. Los hombres lo hacen, porque tienen sobre la naturaleza el sentimiento y la noción de la justicia. No es la lucha leal aquella en que uno de los justadores ofrece su pecho desnudo mientras cubre el otro el suyo con maya de acero. Si queréis que el obrero sea libre de hecho, tenéis que darle, con la declaración y el reconocimiento de su derecho, los medios necesarios para que pueda hacerlo efectivo. Recabar estos medios; tal es el fin de la gran revolución social á cuyos albores asistimos. Y no es menos grave el error de los que entienden que esta empresa es utópica é inasequible, que el aquellos que estiman que puede realizarse en un día y como por ensalmo.

ALFREDO CALDERÓN.

Al proletario

Como todo organismo, desde el diminuto foraminífero, habitante en los abismos del mar, al colosal paquidermo; y desde el hongo microscópico parásito del hombre al corpulento baobab de los vírgenes bosques de la tenebrosa tierra africana (manifestaciones ambas de la vida orgánica), el hombre organismo excelso, individuo del reino animal, ha sido creado para la vida, y cuantos obstáculos se le presentan impidiéndole ese determinado objeto, los pisotea y elimina con regidez inflexible, obligado por el eterno movimiento augusto de la revolución, ese divino mandato del Progreso.

Y he dicho revolución y precísase en este momento, aun pareciendo que me distancio del espíritu que engendra este pensamiento mío, explicar ese santo vocablo, todo historia, que existe allí donde hay germen vital, lo mismo en el macrocosmo, en aquellas inmensidades no sé por qué denominadas cielos, en las cuales gravitan enormes astros arrastrando en su vertiginosa carrera sistemas planetarios en número infinito, como en el microcosmo ó mundo de los seres pequeños, tan pequeños que no es más que revolución, eternas, é indispensables son las fuerzas que comunican el movimiento en la Naturaleza, que no es más que revolución, eterna, continua é indispensable es la revolución, en las sociedades que no es más que movimiento.

Alguien tendrá en su conciencia la idea de que revolución se la vívida explosión de un acto cualquiera, y por tanto fugaz, de tan poca existencia, que al impulso de leve viento dejó de ser; y ese alguien tendrá un conocimiento mezquino y hablará de revolución tan imperfectamente, como hablará un individuo de la función filosófica de un órgano si desconoce la Anatomía, ciencia de aquella que estudia la vida animal y las leyes que la rigen.

No; la revolución es un poder exclusivo de todos tiempos

EL MARTILLO

y nace y vá unida á todos los actos. No hay átomo, molécula, ni cuerpo que no revolucione. Los astros, esos átomos de la inmensidad; la bacteria, ese átomo de lo infinitamente pequeño; y el hombre, ese átomo de la sociedad están en perpétuo movimiento, en continua revolución, si bien, deba decirse el hombre revoluciona de dos distintas maneras: física y moralmente; como materia y como ser pensante, y si no dígalos eso que llamamos Progreso que en suma es la revolución que marcha, invadiéndolo todo, en busca de la parecer inaccesible perfectibilidad, aspiración suprema de las conciencias honradas, misión que toca cumplir al proletariado.

De los obstáculos á que aludo en el primer párrafo, apartándose de los físicos con que nos brindan este planeta indómito, morada nuestra, con su demasiado frío en invierno y el excesivo calor en verano; con climas tan bruscos y tan diversos en comarcas vecinas unas de otras; con países desiertos acérrimos enemigos de la vegetación y de la humana existencia, pero en cambio excelente guarida de alimañas y cuna de insalubres vientos que llevan en sus cálidas y temibles á los infinitos agentes patógenos, apartándonos, digo de esos obstáculos naturales, hay otro, creación del hombre que tratamos de evitar, que nos aniquila, el llamado capital, monstruo que al revés del esposo de Cibeles, el mitológico Saturno, hace afectiva la fábula, pues que devora á quien lo engendra, y...!!tú lo engendras proletario!!

Acumulado el capital, que es la producción, en un corto número de perezosos usurpadores, de la que se satisfacen con exceso y sepultando esa apreciable riqueza, claro es que las privaciones deben cernirse sobre la inmensa mayoría, pues por ser axiomático no es preciso demostrarlo, la no salida de la producción y las excesivas satisfacciones de los pocos son el robo, ¡oh, absurdo de los absurdos! de las superfluidades de los más. De ahí que el proletario,

faltándole lo esencial, como abundante y sano alimento, habitaciones higiénicas, descanso y libertad, carezca de fuerzas para continuar tareas abrumadoras, desfallezca y pálido, demacrado, físico á la edad en que más robusto debía encontrarse, engendre generaciones anémicas que expresan palpablemente, si á tal paso se siguiera, la absoluta desaparición de la humanidad por cunsunción, ya que lenta su economía se va resistiendo, para convertirse como los organismos antidiluvianos en estado fácil.

Yo probaría con más argumentos esta aseveración, pero no puedo porque me lo impide el desesperante laconismo preciso en los estrechos límites de un artículo.

Tú obrero, padre del capital, acquila ese engendro, pues poder tienes para hacerlo si practicas la Solidaridad; á tí, proletario, que eras más majestuoso que esos troncos consagrados por el privilegio, retoño del capital, y más divino y mártir que esas deidades y mártires consagrados por la Iglesia, pura tiniebla, cruel superticiosa; á tí, no me canso de repetirlo, proletario de hoy, siervo de ayer, esclavo que fuiste, ilota antiguo, viejo patria, estí encomendada la misión de ayudar al Progreso, en tu pendón augusto donde grabaste la absoluta libertad humana, ante la cual me descubro emocionado, debes grabar también la «unión obrera universal,» que anonadará al capital, la llama que te consume.

Únete, si, proclama la «Solidaridad» para encadenar ese feroz obstáculo, y, libre ya, dominarás la ciencia, sujetarás á este planeta insano purificándolo, aprovecharás lo útil, conocerás la belleza natural y la ideal que es el arte, estarás en lo verdadero fin de toda filosofía, y tu mirada penetrará en esos vertiginosos mundos sidéreos con los cuales estás relacionado y que todavía no conoces ni sabes hallar en ellos utilidad alguna. Llegarás, sí, no lo dudes, suprimiendo el capital, á conocer la verdadera libertad y con

ella al periodo álgido de la sabiduría.

¡Salve, proletario universal, proclama la «unión» y marcha veloz, entonando el no guerrero, el grito salvador, el son sublime que sepultará al capital! ¡Salve, viejo esclavo, siervo medieval, moderno obrero, retira las infames divisiones de nacionalidades y razas, y únete para empujar con tus esfuerzos la ola luminosa llamada Progreso que te dará la felicidad que pretendes y la perfección relativa á que aspiras!

Yo te digo, ¡adelante!, y te pido que bendigas las horas en que el beso de la grandiosa idea emancipadora acaricie tu limpia y virtuosa frente, ¡como adelante va y bendice esos supremos instantes el compañero que te dedica estos renglones.

MARIANO TUDÓ

Pensamientos

La autoridad es una potestad natural mantenida por espontánea obediencia sobre tres puntos de apoyo: el maestro, el artista y el agricultor.

La Justicia es el meridiano entre el Poder y la Autoridad, que sirve de escudo á la familia humana.

El esclavo se diferencia del hombre, en que éste obedece con la debida y aquél á la usurpada.

El Poder se impone por astucia ó violencia. La autoridad es obedecida libérrimamente.

Imprenta Cruces 6.